

**Intervención de la Presidenta de la Comunidad Foral de Navarra en la entrega del XIII Premio Internacional “Navarra” a la Solidaridad**

Pamplona, 10 de diciembre de 2014

Autoridades

Señor Presidente de Laboral Kutxa

Queridos amigos

Antes que nada quiero agradecerle un año más, querido Txomin, el sentido de la Responsabilidad Social Corporativa que tiene Laboral Kutxa, una de cuyas muestras es la organización conjunta de este Premio Internacional “Navarra” a la Solidaridad cuya trayectoria y contenido nos ha permitido conocer a lo largo de estos años distintas causas sociales y a sus protagonistas.

Queridos Julián y Paciencia, bienvenidos a esta casa, que es la casa de todos los navarros. Quiero felicitaros y agradeceros en nombre de todos ellos vuestro esfuerzo y sacrificio en la promoción y acceso al derecho a la salud, uno de los derechos humanos a los que hacía referencia el Consejero de Políticas Sociales recordándonos este día internacional de los derechos humanos. En particular, me uno al Jurado en el reconocimiento y agradecimiento por la lucha contra esa enfermedad que está asolando a varios países del África Occidental que es el Ébola.

El Premio que hoy os entregamos tiene una doble finalidad. Por una parte, es un agradecimiento y apoyo a quienes como vosotros lo reciben año tras año haciendo visible la labor que diariamente realizáis tanto en la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio pactados por Naciones Unidas, como en otras actuaciones promoviendo el desarrollo de las poblaciones más vulnerables del planeta.

Y por otra parte, descubrimos las mil caras y facetas que tiene la pobreza y abrir nuestras miradas y actuaciones hacia una acción solidaria internacional que permita acompañaros en los procesos de desarrollo que tan valientemente impulsáis.

Este año, como muy bien nos habéis relatado quienes me habéis precedido, **el rostro de la pobreza se llama “Ébola”**, enfermedad causada por la infección por un virus del que se han identificado cinco subespecies, cuatro de las cuales han causado enfermedades en seres humanos.

Se identificó por vez primera en 1976 en Nzara (Sudán) y en Yambuku (República Democrática del Congo), un pueblo cerca del río Ébola, del que la enfermedad toma su nombre. Desde entonces, se han presentado 24 brotes más en África, siempre causan pánico porque puede ser mortal entre el 25 y el

90% de los casos.

El brote actual, registrado como tal en marzo de 2014, en el oeste de África, afectando especialmente a Guinea Conakry, Sierra Leona y Liberia, es el mayor y más complejo de los que ha habido, como lo demuestra que ha habido más casos y muertes en este brote que todos los demás juntos. El 8 de agosto, la Directora General de la Organización Mundial de la Salud declaró este brote como emergencia de salud pública de importancia internacional. El último informe de esta organización indica que este brote ha afectado a más de 17 mil personas, causando la muerte a 6.070 hasta el momento.

Hay varios elementos sobre este tema que me gustaría resaltar. En primer lugar, este brote nos muestra cómo una epidemia puede proliferar rápidamente y causar serios problemas en ausencia de un sistema de salud fuerte que pueda responder de manera rápida e integrada, como es el caso de los tres países más afectados, que tienen sistemas de salud muy débiles, carentes de recursos humanos y de infraestructuras sanitarias, y además todos ellos han sufrido largos periodos de conflicto e inestabilidad. Los gobiernos nacionales de esos países ni han podido ni pueden hacer frente por sí mismos a esta enfermedad, por lo que precisan contar con el apoyo de la comunidad internacional.

En segundo lugar, tenemos que reconocer que desgraciadamente se ha hecho visible a la opinión pública occidental solo cuando ha llegado a nuestras fronteras, aunque su impacto e intensidad sean prácticamente nulos. Así recientemente, el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz recordaba que *“solo cuando los países desarrollados se ven amenazados es que existe un impulso suficiente para invertir en vacunas para hacer frente a enfermedades como el Ébola”*. Y desgraciadamente es así, hasta que la enfermedad no ha llegado a Europa o Estados Unidos no hemos sido conscientes tanto de su gravedad como de la ausencia de un tratamiento preventivo.

En tercer lugar, es preciso tomar en consideración no solo los efectos sobre el estado de salud de la población afectada, sino que también hay que ser conscientes de los efectos a medio y largo plazo sobre el desarrollo de los países afectados. Así, Médicos del Mundo nos recuerdan que el impacto social de la epidemia en estos países va más allá de las tasas de mortalidad y supone el cierre de centros educativos, recesión económica y falta de tratamiento a otras enfermedades igualmente letales. La cuarentena impuesta, si bien es una medida tradicional para proteger la salud pública, ha supuesto un freno al desarrollo comercial y económico para unos países que ya de por sí registran elevadas tasas de pobreza absoluta.

Y en cuarto lugar, creo que hay que destacar el relevante papel de la sociedad civil tanto de los países afectados como de la comunidad internacional en estos países con debilidades estructurales en sus sistemas sanitarios. Sin la acción comprometida de cooperantes y voluntarios este drama humano tendría todavía mayores dimensiones. No puedo olvidar también la acción decidida de misioneros y misioneras que lleváis años presentes en las estructuras sanitarias y sociales ofreciendo cuidados y atenciones a las poblaciones más vulnerables.

Es por ello que quiero felicitar al Jurado que ha otorgado esta edición del Premio Internacional “Navarra” a la Solidaridad por la acertada decisión de poner en primer lugar el acento en la globalidad de las personas que de manera directa o indirecta están luchando contra este brote epidémico, ya que la lucha contra la pobreza en sus múltiples dimensiones es una cuestión de aunar y sumar esfuerzos sin perseguir protagonismos; y eso es lo que nos están enseñando los cooperantes de Médicos Sin Fronteras (permítidme un paréntesis para recordar a la doctora navarra que sigue en cuarentena en el Hospital Carlos III de Madrid y que en breve podrá dejarlo si todo sigue bien como parece y todos deseamos), de Cruz Roja, de Médicos del Mundo, y de otras organizaciones tanto privadas como pertenecientes a los Organismos Internacionales.

Queridos Julián y Paciencia, ¿cómo no poner en valor vuestras actitudes y valores?, ¿cómo no recordar al padre Miguel Pajares o al hermano Manuel García de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios? Creo que sois un magnífico ejemplo en estos tiempos convulsos para nuestra sociedad del bienestar de lo que significan la solidaridad y el altruismo; de la preocupación por los otros, sin miedo al riesgo personal.

Esta enfermedad nos ha mostrado lo difícil que puede ser cuidar y atender a las personas infectadas por el virus o con sospechas de estarlo. Todos tenemos en la mente las imágenes en nuestro país de los complicados trajes que hay que utilizar, las gafas, guantes dobles, etc. lo dificultoso de seguir los protocolos, el riesgo que se asume cuando se atiende, cuando se analizan muestras de sangre o de otros fluidos humanos. Pero pocos se hacen a la idea de que todo esto hay que hacerlo igualmente en los países africanos afectados, en hospitales de campaña o estables como los que apoya la Fundación Juan Ciudad, en condiciones de temperatura extremas y en ausencia de infraestructuras mínimas. Y si eso es para el personal sanitario, ¿qué será para las personas que sufren la enfermedad?

Hermana Paciencia, tu doble testimonio de cuidadora y de paciente es admirable y estremecedor al mismo tiempo. Creo compartir con el Jurado mi admiración por tus palabras de hace unos meses, cuando te referías a tu no repatriación junto con el padre Pajares y a tu total disposición para acudir a suministrar el plasma a Teresa Romero, fueron palabras ausentes de rencor y plenas de solidaridad, precisamente los valores que este Premio quieren resaltar y difundir.

Para finalizar quiero aprovechar el reciente relato de Miriam Alía, cooperante de Médicos Sin Fronteras, sobre su experiencia en uno de los hospitales que esta organización tiene en Guinea, hablando de una paciente de Ébola (Therese) de 20 años embarazada que perdió a su bebé, aunque ella se salvó: *“Therese me recordó al ensayo de Loren Eiseley, ‘El lanzador de estrellas’ que recogía de las playas algunas estrellas de mar antes de que murieran en la arena y las lanzaba al mar para que pudieran sobrevivir sabiendo que solo eran algunas entre cientos de ellas. Quizá el trabajo de los humanitarios sea solo eso: no conformarse con que el destino de las estrellas de mar sea morir sobre la arena de la playa y, al mismo tiempo, reconocer todos los límites de lo que hacemos. Solo salvamos a unos pocos, muy pocos, en el caso del ébola. Pero para ellos,*

*para Therese, para Jannette, para Finda, para cada uno de los pacientes, tiene sentido. Y tiene sentido para Fernanda y para Aisha (médico y matrona). Ser rescatador de estrellas de mar sigue siendo el mejor trabajo del mundo”.*

Julián, Paciencia seguid siendo *rescatadores de estrellas*, os necesitamos.  
¡Enhorabuena!

Muchas gracias.